



La perspectiva humanista de los cursos de problemas colombianos

Recibido el 15 de septiembre de 2008.

Aprobado el 20 de abril de 2009.

Hernán Mejía Velásquez¹

¹ Sociólogo de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor titular y emérito del Centro de Humanidades de la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana. Dirección del autor: hermeve74@yahoo.es



Resumen

El curso de Problemas Colombianos, por ser una de las materias del Centro de Humanidades, de la Universidad Pontificia Bolivariana, se propone sensibilizar a los estudiantes para que, con sentido crítico, comprenda cabalmente las circunstancias en las que se ha formado la nación colombiana y muy especialmente enfocando al ser humano colombiano: su personalidad histórica, su ethos o su modo de ser, pensar y hacer o actuar. ¿Cómo somos, por qué somos como somos, y cómo podemos asumir las riendas de nuestro futuro?

Palabras clave

Humanismo, Teoría política, Formación universitaria, Personalidad histórica y Control del Futuro.

Abstract

The course of Colombian Problems, as one of the subjects of the Humanistic Center, intends to sensitize students so that they can use a critical sense to fully understand the circumstances in which the Colombian nation has been forged. It tries to focus primarily on the Colombian human experience, its historical personality, its ethos or way of being, its thinking and acting. How are we? Why are we the way we are? and How can we take control [instead of reins] of our future?

Key words

Humanism, Political Theory, Universitarian formation, Historical personality and Future take control.

Por ser el curso de Problemas Colombianos una de las materias básicas del Centro de Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana, y una de las asignaturas de los Lenguajes Sociopolíticos, la perspectiva con la que se entrega a la crítica, al análisis, a la discusión y a la reflexión de los estudiantes, es humanista cristiana. Lo que quiere decir, que aunque la explicación y la solución de los problemas del país, de hecho son y deben ser de carácter histórico, económico, político, cultural, social, moral y ético, se enfocan privilegiando al ser humano integralmente, con su dignidad y su libertad, así como su capacidad para superar las más grandes dificultades.

Es justamente Savater (1997), el filósofo vasco, el que confirma este aserto:

(...) las facultades que el humanismo pretende desarrollar son la capacidad crítica de análisis, la curiosidad que no respeta dogmas ni ocultamientos, el sentido de razonamiento lógico, la sensibilidad para apreciar las más altas realizaciones del espíritu humano, la visión de conjunto ante el panorama del saber (p. 116).

También en palabras de Monseñor Alberto Giraldo (2005), Arzobispo de Medellín, al resaltar el compromiso de la Universidad:

Tanto por el hecho de ser Universidad como por el hecho de ser católica... está en juego el significado de la investigación científica y de la tecnología, de la convivencia social, de la cultura, pero, más profundamente todavía, está en juego el significado mismo del hombre (...). La Universidad goza de una capacidad para la búsqueda desinteresada de la verdad (p. 20).

Del mismo modo, hace suyas también las palabras de Su Santidad Juan Pablo II (1999), cuando afirmaba: En el contexto de la sociedad, marcado por una lucha dramática entre la “cultura de la vida” y la “cultura de la muerte”, debe madurar un fuerte sentido crítico, capaz de discernir los verdaderos valores y las auténticas exigencias.

Y según la Constitución Apostólica: “La Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad” (*Ex Corde Ecclesiae*, 32).

Con el curso queremos estimular en los estudiantes la capacidad de pensar una *utopía jalonadora*, es decir, realizable a futuro; en otras palabras, el derecho a soñar con un país en paz, por complejos y difíciles que nos parezcan sus conflictos actuales, pero no condenado a padecerlos por siempre. Queremos formar la capacidad “autocrítica”, bajo la premisa de que el primer paso en la solución de un problema que se sufre, o se padece, es reconocerlo con valor y honestidad.

Lo que hace que Colombia acuse graves estados de atraso y subdesarrollo con sus secuelas de violencia, pobreza, desigualdad y exclusión, sumados a la falta de oportunidades –que impactan sin duda la dignidad del ser humano–, al mismo tiempo que posee ciudades modernas con industria, comercio y finanzas, paradójicas y contrastantes, radica en la forma como tal vez hemos construido el ethos, la personalidad



o el carácter del hombre colombiano. Es así que emprendemos con los estudiantes la búsqueda de nuestro propio ser nacional.

¿Cómo somos? ¿Por qué somos así? ¿De dónde venimos? ¿Dónde estamos? ¿Hacia dónde vamos? Son preguntas que están causando inquietud en más personas cada vez, sean estas de un alto nivel intelectual, científico y académico, como en el caso del filósofo William Ospina, del economista Luís Jorge Garay, del genetista Emilio Yunis, del Nobel Gabriel García Márquez, de Marco Palacios, o de los historiadores Jaime Jaramillo Uribe y Jorge Orlando Melo, de sociólogos, de antropólogos y etnólogos, o de los propios Obispos de la Conferencia Episcopal Colombiana. O sean personas del común, de la opinión pública nacional, que sin grandes pretensiones intelectuales, afirman que muchas de nuestras dificultades, se explican por la “mentalidad singular de los colombianos”, es decir, por nuestro particular modo de ser y de hacer las cosas. En entrevista concedida a Beatriz Mesa Mejía, *El Colombiano* (agosto de 2009), el sociólogo francés Alain Touraine, llamaba la atención, según ella, sobre lo dramático que resulta el asunto relativo a nuestra capacidad de olvido y nuestra capacidad para “hacernos los locos” con nuestro pasado y con nuestro presente, que implica una actitud “medio ausente” y “medio displicente” con la realidad. Según el científico social:

Colombia es un país totalmente aparte, porque es la única nación que eliminó el Estado. Hubo un período como el de la violencia entre conservadores y liberales, luego llegaron las guerrillas los gobiernos de línea blanda o dura (...) Y eso me llama la atención, porque los colombianos no se preocuparon...” (p. 5a).

En Colombia, sin duda, nos falta construir una civilidad y una conciencia propia y coherente.

Según Rodrigo Botero M. (2003) una expresión de uso común en España: ¡qué país! para aludir a la ineficiencia del Estado puede parecer nuestra también respecto del sentido patriótico:

Un patriotismo quejumbroso, cargado de lamentos, basado en la idea de que la Madre Patria se encuentra en el lecho de dolor, aquejada de males graves, mortales quizás, y desde él invoca el amor de sus hijos y solicita su ayuda (...) ¡Qué país! en efecto. Qué lástima, y qué irremediable todo lo que ocurría. Y a la vez, qué curioso. Pero también, ¡Qué nuestro! (p. 4A).

“Locombia” la llamaba Lucas Caballero (Klim); “país del Sagrado Corazón” le llaman algunos con sentimientos de impotencia y resignación; “Chibchombia” la designan otros más, recordando de un modo despectivo nuestro ancestro indígena y Chibcha; “Macondo” o país insólito en el que lo real y lo mágico ocurren simultáneamente sin diferenciarse; país sin memoria, cruel y sanguinario en opinión de Fernando Vallejo; “paisito”, “república bananera”, “republicueta” y demás calificativos desdeñosos.

Al tiempo que –según una de las tantas paradojas– figura en las encuestas de la organización británica *New Economics Foundation* como el segundo país “más feliz” del mundo, mientras también figura en otras encuestas como el país más violento con el primer lugar en número de minas “quiebra patas” o antipersonales. Y uno de los más corruptos, inequitativos y desiguales, con el mayor maltrato a los niños, a las mujeres y a los ancianos. A la vez contrasta también al ser calificada como la quinta economía de Suramérica y la democracia más estable del subcontinente, para luego, a renglón seguido, figurar como un país de grandes problemas sociales internos, con uno de los conflictos armados más prolongados en el tiempo.

País de contrastes, país paradójico, donde la verdad no es ni lo uno ni lo otro sino todo lo contrario.

¿Cómo somos los colombianos? Algunos conceptos que se recogen en diversos escritos, en la prensa y en las revistas especializadas, son sugestivos e inquietantes. Veamos: en opinión Rubén Jaramillo V. (2000):

De manera por lo demás bien característica, en efecto, lo que ha determinado el proceso idiosincrásico colombiano, no ha sido la consigna de la Ilustración “–*Sapere aude!* Atrévete a saber, ten el valor de servirte de tu propio entendimiento” (Kant)– sino más bien el temor, la “angustia de contacto” –¡otra vez Freud!– con el universo, es decir, con las “ideas foráneas”, que hace más de doscientos años le significaron la prisión y el destierro a Antonio Nariño y que los últimos tres lustros les ha costado la vida a miles de miembros de la oposición y dirigentes populares de nuestro país (p. 10).

Algo así como vacío de *parrhesia* o del decir –verdad que llamaba Eurípides y que Edgar Garavito (1986) explica como el derecho que tiene el ciudadano de hablar sobre asuntos referentes a la organización ciudad



(de la *polis* o ciudad-Estado griega) de acceder a la vida política en el ámbito de su ciudad. No se trata de un “todo decir” sin discriminación:

(...) es cierta manera de decir— verdad, que tiene como finalidad, provocar efectos capaces de afectar la existencia tanto de quien dice la verdad como de quien escucha (...) lo que se teme son las consecuencias incontrolables que tal práctica conlleva (p. 90).

A este tenor, el articulista Jaramillo V. (2000), evidencia en los colombianos unas tendencias a la “elusión”, y a una cierta “cobardía”, nacidas de la tradicional inconsciencia por la que:

(...) la realidad nos toma por sorpresa, nos intimidan y desconciertan los hechos, no sabemos cómo reaccionar frente a los acontecimientos que desbordan nuestra capacidad de comprensión, adormecida por esa larga práctica de represión. Entonces nos sentimos de algún modo culpables; aislados, atomizados, fragmentados o impotentes (p. 10).

Y concluye el ensayista:

(...) lo que se ha perdido —o tal vez nunca se alcanzó a formar del todo en Colombia— es la conciencia ciudadana, la interiorización, es decir, la incorporación al psiquismo y en consecuencia a los patrones de conducta de los asociados, del sentido de responsabilidad frente al destino común (p. 10).

En otro artículo de prensa, Gloria Luz Gómez y Catalina Montoya (2003), se refieren a otro infortunado rasgo de nuestra personalidad histórica: la *intolerancia*. Según ellas, por los prejuicios que existen en la mente de muchas personas, la mirada sobre el otro, no es de pluralidad y diferencia, sino de lo anormal y patológico: “El anciano huele mal, los negros son ladrones, los indios no tienen alma, el centro es peligroso, los desplazados son sucios, los pobres sicarios; los jóvenes marihuaneros (...)”. Lo que el “ciudadano” pretende es eliminar o desaparecer a quien no es semejante (...) pues se piensa a sí mismo como “dueño de la verdad”; una verdad que pretende “estandarizar y homogeneizar” para toda la población, con una visión de “lo limpio y lo puro”; y quien no encaje en ese marco de referencia, en opinión de Alex Pérez de la Escuela Nacional Sindical (ENS), consultado por las periodistas, se le discrimina y se le excluye, se le destruye o se le aplasta.

Para Gonzalo Valentín Piedrahita (citado también en el artículo), coordinador del Programa de Paz y Convivencia de Comfama, la falta de tolerancia en las acciones cotidianas, obedece a los “modelos educativos y culturales” que pretenden homologar las formas de pensar, actuar y vivir. De ahí que “la incompreensión frente a los matices genere violencia”.

Mario Vargas Llosa (2006) afirma justamente que:

(...) la abolición de los matices facilita mucho las cosas a la hora de juzgar a un ser humano, analizar una situación política, un problema social, un hecho de cultura, y permite dar rienda suelta a las filias y a las fobias personales sin censuras y sin el menor remordimiento. Pero es, también, la mejor manera de reemplazar las ideas por los estereotipos, el conocimiento racional por la pasión y el instinto, y de malentender trágicamente el mundo en que vivimos (pp. 6-7).

Estanislao Zuleta (1987), citado por Sánchez (1995), dejó enunciado de manera impecable el problema: según las apreciaciones del admirado intelectual colombiano, la guerra sólo se puede combatir reconociendo que el conflicto es un fenómeno constitutivo del vínculo social, por lo que, la noción muy común de lograr una sociedad armónica, es una contradicción en los términos. Simplemente no es posible ni deseable. Lo realmente importante es crear el espacio social y legal en el cual los conflictos puedan manifestarse y desarrollarse, sin pensar en la necesaria eliminación o supresión del otro, matándolo, reduciéndolo a la impotencia o silenciándolo.

Se trata de un reinado de la diferencia donde, en un buen sentido, todo vale con pluralismo, en la medida que implica reconocer al otro como alguien diferente pero además como interlocutor válido, con igualdad de derechos, que argumenta y participa para el bien común, la solidaridad, la reciprocidad y la cooperación social.

Colombia, afirma William Ospina en el folleto “Colombia en el Planeta”, junio de 2001, permanece en el umbral de la modernidad, absorta en una suerte de cosmogonía salvaje, a punto de interrogarse a sí misma, sin saber cómo convertir en rapsodia su arte incomprensible de vivir siempre en peligro, la curiosa relación con la guerra y con la muerte que nos caracteriza (p. 5).



Reconocernos es la clave, tener un lenguaje común para hablar de nuestro territorio, un relato compartido de mitos y de símbolos, así como, aunque difícil, poder cumplir juntos una serie de tareas, eso es lo que nos reclama la historia pide Ospina.

La *corrupción* es una más de nuestras grandes falencias. Fortalecida a través de la impunidad, a veces la impotencia e incluso la resignación, es la razón por la que impera el “delito de cuello blanco”, ya que para los corruptos se aplica muy bien aquello de que “hecha la ley hecha la trampa” o aquello de que “la ley es para los de ruana”. En un informe de la DIAN se denunciaba que anualmente se sustraen al Estado por este concepto hasta siete billones de pesos que van a las arcas privadas de los corruptos. En estos actos se revela de forma patente y además patética, la ausencia de principios éticos que brillaron por su ausencia al parecer en la familia, la escuela y en muchos casos en la universidad.

“La mal llamada cultura del dinero fácil no se quedó en la economía mafiosa sino que permeó la clase dirigente colombiana” (“La delincuencia encorbatada”, 2004, p. 5a). Por esta vía se está dando una nefasta supeditación de lo público a favor de los intereses privados, egoístas, poderosos y privilegiados, donde el lavado de dinero, la producción y la exportación de drogas ilícitas, así como sus organizaciones, los iguala la conducta corrupta, lo que lleva a Luis Jorge Garay (2002) a expresar que este es un país de mafiosos.

Desde el punto de vista político nuestro orgullo radica supuestamente en poseer “la democracia más antigua y sólida de América Latina” (¿Tal vez por aquello de que en casa de ciegos el tuerto es rey?). Pero esa democracia nuestra sale fuertemente cuestionada, pues, aunque no ha sido políticamente tan usurpada por los poderes fácticos y militares como en otras naciones del continente latinoamericano, es cierto también que padece una grave carencia de democracia real, si miramos lo económico, lo social y lo cultural, donde muchos han estado o están excluidos históricamente.

Un Estado liberal y democrático lo es siempre que satisfaga algunos requisitos, como son la defensa y protección de los derechos humanos, el sufragio universal, la división de poderes y el control del poder estatal. En Colombia la cuestión de los derechos humanos no nos enorgullece

propriadamente, el sufragio universal existe pero con algunas mañas de las cuales la más grave se denunció en los últimos años: la parapolítica. La división de poderes se descarrila con frecuencia y produce un espectacular “choque de trenes”, como suele llamársele al conflicto entre las altas esferas legislativas, de justicia y de gobierno. Y justamente, la autocracia mal disimulada del ejecutivo, hace temblar la realización del control de poder estatal.

Javier Darío Restrepo (2007) se pronuncia al respecto:

La sociedad real que subyace a los gobiernos democráticos, es pluralista y tiene en cuenta a las minorías opositoras (...).

La oposición es, a la vez, una necesidad democrática (...) la oposición demanda la rendición de cuentas. Es difícil imaginar una democracia sin oposición.

La oposición descubre ante el país a los políticos que han usado el asesinato, las matanzas, el secuestro, el robo de los dineros del Estado como instrumentos del poder electoral.

(...) en una larga vida democrática Colombia no ha tenido oposición. Ni cuando la oligarquía criolla juraba fidelidad al Rey en nombre de este lejano virreinato; ni cuando en las guerras civiles se acallaron con armas las voces de las minorías. Después, en vez de las armas o a la par con ellas, se utilizaron los puestos y las prácticas clientelistas para silenciar opositores. Cuando no hay oposición la sociedad queda condenada al unanimismo y a la opinión única, reforzada con la propaganda oficial y con la obsecuencia de los medios de comunicación (...) (p. 5a).

Por otra parte, es común usar en Colombia las dicotomías entre país formal y país real, entre democracia formal y democracia real, entre país político y país nacional, entre el país de una casta privilegiada y otro de mayorías excluidas, silenciadas e ignoradas. Para Hernando Gómez (2007):

Colombia son dos colombias. La que forman Bogotá, Medellín, Cali, Barranquilla, Bucaramanga, a medias el Eje Cafetero y algunos valles de agricultura comercial, es el país, digamos moderno, digamos democrático, desarrollado y capaz de integrarse por las buenas a la aldea global.

Pero hay otra Colombia que no queremos conocer ni comprender, y cuya voz inoportuna insiste en aguar la fiesta. Es esa especie de “U” que cubre el litoral pacífico, el sur de occidente a oriente, sube por la Orinoquia hasta el Caribe y Arauca. La Colombia de colonos, de ganadería extensiva, de miseria campesina, de indígenas y negros, de cultivos ilegales, de violencia centenaria. Es la Colombia ignorada y marginada que sólo tiene voz cuando causa un escándalo (p. 4a).



A esta democracia no tan firmemente consolidada, le surgen interpelaciones y cuestionamientos preocupantes como el que aparece en la investigación del Fondo para la Paz (Washington) y que publica la revista *Foreign Policy*. Según Mauricio Reina (2005, p. 5a), en dicha investigación Colombia es tomado como “Estado Fallido”, lo que significa, según el estudio, “que está perdiendo el control del territorio, no posee el monopolio de la fuerza y enfrenta una erosión de su autoridad para tomar decisiones colectivas” mientras se pone en duda la verdadera capacidad del Estado para enfrentar variables tales como: “desigualdad económica, legitimidad del Estado, violación de derechos humanos, desplazamientos internos, fuga de capital humano e intervención extranjera”. Compañeros de infortunio en esta clasificación son países como Costa de Marfil, Congo, Sudán, Irak, Somalia, Haití y República Dominicana. “El asesinato es un arma política común, y también un instrumento siniestro de control social”.

Desde hace años se conocen expresiones, como que en la política colombiana, “siempre son los mismos con las mismas”, “que suba el que suba, la misma olleta con agua panela se hierve en casa”, o como reza el título de una novela de Álvaro Salom Becerra, “Al pueblo nunca le toca”. Lo que demuestra, que en Colombia, la reelección existe desde que se nombró el primer Presidente, pues la política de exclusión popular poco cambió de ahí en adelante, al menos en cuanto dice al incumplimiento de los principios proclamados por la Revolución Francesa y con los que se fundó la democracia liberal: La libertad, la igualdad y la fraternidad.

Tras vivir guerras civiles nacionales y regionales durante el siglo XIX y para doblar al siglo XX; tras hegemonías como la conservadora de 1890 a 1930 y la liberal de 1930 a 1942; tras el régimen de arbitramento o para muchos “dictadura” de Gurropin; tras la guerra bipartidista de liberales y conservadores pobres, como lo precisa William Ospina (1996, p. 7); tras la violencia bandolera; tras el “Frente Nacional” o pacto monopólico de los partidos tradicionales exclusivos y excluyentes; tras la emergencia de la lucha guerrillera y sus diversas y equívocas estrategias e ideologías; tras la guerra de las autodefensas y los paramilitares y de las tres (guerrillas, autodefensas y paramilitares) aliadas al narcotráfico, y tras uno de los gobiernos con más apoyo político y electoral de la historia, premiado con la reelección, todavía es imposible representar ideas que se transformen en opciones políticas alternativas sin que ello implique amenaza, muerte, acoso y persecución política, militar, o delictiva,

contra nuevos líderes políticos, como los de la UP, contra sindicalistas y representantes de la comunidad, contra campesinos y pequeños propietarios, y en general, contra los que se atrevan de algún modo a desafiar a los poderes invisibles, que nadie acepta, ni reconoce mucho menos, aunque como las brujas, “que los hay los hay”.

Muchos crímenes y atentados se cuentan en nuestra historia política, desde la misma Guerra de Independencia (la Patria Boba) y violencias como la partidista, la bandolera o la chusmera, la guerrillera, la paramilitar, sicarial (del narcotráfico), la violencia común y organizada, la violencia miliciana y otras violencias solapadas como la limpieza social, la violencia intrafamiliar y la que se ejerce contra los niños y las mujeres. Y una violencia entrecruzada, proteica, que se manifiesta a veces sin poder determinar con exactitud su procedencia.

De hecho en Colombia tenemos que lamentar la muerte y desaparición de muchos personajes conocidos y anónimos, de alto, medio y bajo rango social o político o económico, que enlutan a familiares o los sumen en una inconsolable pena y una espera sin alicientes. Tratar de dar una lista es ignorar a tantos que no resultaría justo.

A pesar de que los resultados de la “Seguridad Democrática”, bandera del primer gobierno de Uribe Vélez son, de acuerdo con las estadísticas presentadas por el propio Gobierno, significativamente positivas, el informe de derechos humanos presentado por el Alto Comisionado para la Vigilancia de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, Michael Fröling, según Elizabeth Yarce (2005) señala que la oficina en Colombia continúa recibiendo, en forma creciente, denuncias de violaciones con responsabilidad directa de los servidores públicos, y en particular de la Fuerza Pública, en varias ocasiones conjuntamente con la fiscalía: Denuncias de detenciones arbitrarias, ilegales, de desapariciones forzadas, de ejecuciones extrajudiciales, de violaciones al debido proceso y a la intimidad, de torturas y de maltrato.

(...) los grupos armados no han acatado en lo más mínimo las recomendaciones del Alto Comisionado en materia de conflicto armado, de observancia del Derecho Internacional Humanitario y el respeto por los Derechos Humanos.

(...) masacres, homicidios y desplazamientos; reclutamiento de menores, terrorismo, minas antipersonales, infundir temor a la población civil, secuestros, etc. Por parte de las autodefensas y las FARC (p. 3a).



Las Fuerzas Militares fueron acusadas “por irrespeto al principio de distinción”, ametrallamientos indiscriminados y homicidios fuera de las acciones de combate y por el recorte al abastecimiento de los ilegales con afectación a los civiles.

Por último, la *economía* colombiana cuenta ya con un recorrido histórico que no es fácil de precisar en cuanto a su forma de estructuración y su devenir, pues si bien a mediados del siglo XIX ya entraban las ideas liberales (librecambio) y Florentino González y Miguel Samper se esforzaban por imponerlas en la nación, sólo hasta el siglo XX se ven signos más o menos firmes de un desarrollo capitalista aunque dependiente. Con etapas de verdadera ruina y otras promisorias y de bonanza, llega a la industrialización hacia los años treinta del siglo pasado, a través de la sustitución de importaciones y en el marco de la adopción del modelo cepalino, proteccionista y de desarrollo hacia adentro. Azotada por el narcotráfico y contradictoriamente favorecida por los dineros que ingresaban al país por ese concepto, pasa por los ochenta relativamente airosa en medio de la crisis y la recesión que se diera en esa la llamada “década perdida”, para luego toparse con el auge mundial de la globalización y la apertura de mercados, que en los noventa produjo resultados inmediatos entre países que tradicionalmente figuraban como de gran atraso (milagros económicos). La toma de medidas apresuradas produjo en Colombia efectos contrarios que de contera debieron afrontarse en medio de un gobierno (el de Samper) acusado de “narcopolítica”. Cierre de empresas medianas y pequeñas, desempleo, inflación, informalidad (cerca a un 60%), pobreza de más del 50% de la población y miseria por el orden de un 17%, en un país amenazado por la violencia del conflicto, de la delincuencia y del abuso de autoridad, pública y privada (familiar), con crisis institucional, nos hacían pensar en un futuro caracterizado por escenarios pesimistas, con una imagen internacional la peor que se pudiera padecer.

Ante el desconcertante panorama económico y social al que los partidos políticos no atinaban a hallarle fórmulas de solución mientras se fragmentaban más y más para lograr mantener el poco poder real que reemplazaban por una aceitada maquinaria, se irguió la propuesta uribista con un lenguaje arrogante, desafiante, retador y perentorio, pero sin color político ni partidista, que rápidamente obtuvo respuesta en el angustiado elector que vislumbró el arrojito hasta cierto punto temerario de un candidato que ya había dado muestras de determinación inusual

como gobernador de Antioquia, aunque con medidas cuestionadas pero apoyadas popularmente.

Con la Ley 50 de Reforma Laboral y posteriormente la Ley de Flexibilización Laboral no sólo se puso al sindicalismo en peligro de extinción, por sustracción de materia, sino que colocó al país en bandeja de plata para que los poderes económicos a discreción, retomaran la iniciativa impulsando la economía hacia logros macroeconómicos significativos, si bien reacios a generar el empleo y a redistribuir la riqueza en favor de los sectores menos favorecidos, aplicando aquello de privatizar las ganancias y socializar las pérdidas. La economía colombiana tiene los resultados que hace mucho no lograba, tal vez desde 1974, con reservas que superan cualquier otro momento histórico, revaluación del peso e ingreso de divisas, inversión extranjera directa atraída por los estímulos tributarios y el buen comportamiento de la economía. Pero el sector agrario continúa siendo una gran preocupación porque no existe una política que prometa cambios en su estructura arcaica y atrasada, violenta, y carente de seguridad y servicios sociales, con cerca de tres millones de desplazados (1.8 millones reconoce el Gobierno).

¿De dónde venimos los colombianos? (El asunto de la identidad nacional)

Aunque el tema se presta para posiciones debatibles, la cuestión de la identidad nacional en el caso colombiano es bastante inquietante, y lo que hay que aclarar, es que no se defienden posiciones extremas o fanáticas de nacionalismos a ultranza, sino el valor y el aprecio por lo propio, fundamentado en los autoesquemas de reconocimiento, en el sentido de pertenencia y en la cohesión de valores en torno al destino común.

Nuestros verdaderos orígenes nos causan conflicto, pues desde las primeras lecciones de historia patria se nos había enseñado (no sabemos si actualmente es así), que los españoles vinieron, mataron a los aborígenes, los sometieron a trabajos inhumanos y les robaron el oro y la plata; y a cambio nos legaron la religión, la lengua y la cultura civilizadora hispana, como valores supremos, pero impuestos a sangre y fuego; todo lo cual fue cierto, pero explicable bajo circunstancias históricas precisas. De hecho también hubo empeños en proteger a los indios,



como fueron los esfuerzos del padre Bartolomé de las Casas, quien consiguió que la corona expidiera la Ley del Protectorado de Indias. Más sorprendente y doloroso, resulta el trato que todavía le damos a nuestros indígenas, que tienen que soportar amenazas y desplazamientos, con pérdidas de sus resguardos, y la discriminación y subestimación que hacemos de sus culturas.

El “indio” no corre, entonces, con mejor suerte, pues entre nosotros es un término despectivo con el que insultamos o nos sentimos insultados, en cuanto comparte significados de bruto, salvaje y otros por el estilo. Igualmente el “negro” (el moreno), pesa en nuestra mal disimulada conciencia racista, inconfesada, pero práctica y dolorosamente cierta. La mezcla de esas etnias nos pone en evidencia de la impureza racial, fácilmente asociada a la falta de brío, de carácter, de talento y de emprendimiento, por los prejuicios y pruebas pseudo científicas que hicieron escuela en los finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Así nació la vergüenza que describía José Martí en nuestra América, como la negación de lo íntimo propio y la imposibilidad de ver lo más profundo de nuestro ser. Es lo que ha hecho olvidarnos de nosotros y de desarrollarnos como naciones individuales capaces de aceptarse.

Tal vez, para eludir reconocernos en esa incómoda mezcla, hemos acudido al regionalismo, sustituto de la nación. Para Ricardo Santamaría (2004):

Las endogamias culturales son tantas. Los costeños del norte; los paisas; llaneros; la región cundiboyacense; Bogotá que es una ciudad ecuménica formada por muchas endogamias; Nariño y Cauca; costa del Pacífico que es la cultura negra; Huila y Tolima (pp. 1-2).

William Ospina (1996, p. 1) se enfrenta con valor al interrogante planteado por una amiga norteamericana, que le preguntó alguna vez ¿Por qué se ve Colombia tan acorralada por la crisis social; por qué vive una situación de violencia tan dramática, por qué hay (...) tanta injusticia, tanta iniquidad, tanta impunidad? ¿Cuál es la causa de todo esto?

Ciertamente, las hipótesis son variadas y casi todas encierran cierta verdad relativa; y algunas, resultan casi inadmisibles, como las que postulan las causas biológicas y genéticas de la “aparente pobreza de espíritu” y “debilidad de carácter” y otros defectos del colombiano. Tal como lo

señala el genetista E. Yunis (Santamaría, 2004): “Según el genoma humano, no hay genes blancos o negros, ni exclusivos de algún grupo. O sea, no hay genes corruptos ni violentos. No somos ni mejores ni peores por los genes pero podemos ser mejores o peores por la historia. (...) La historia nos ha hecho violentos (pp. 1-2)”.

Por absurdas que nos parezcan algunas especulaciones, tienen sin embargo una importancia histórica, y quién sabe cuánto hayan contado en la formación de nuestro ser nacional, pues sin duda, parece que incidieron en la definición y configuración de nuestros modelos educativos, al menos los aplicados en el país a partir de los años veinte, cuando se dieron a conocer los estudios sobre la “cuestión racial”, especialmente los llevados a cabo por el médico boyacense Miguel Jiménez (1918), al que hace alusión Aline Helg (1989, p. 41), y que presentó, en el Tercer Congreso Médico Colombiano, con el título: “Algunos signos de degeneración colectiva en Colombia y los países similares”; y por el médico antioqueño Luis López de Mesa que estudió los rasgos de debilidad racial de nuestros componentes étnicos.

Según el médico Jiménez, influenciado por las teorías en boga de la “superioridad de la raza blanca” que apoyaron “científicamente” la colonización de Asia y África por parte de Europa y que guiaron la investigación de “los tipos humanos” y su comportamiento con efectos, bien sobre el rápido desarrollo de unas naciones, bien sobre el complejo de inferioridad y atraso de otras, atribuidos al determinismo racial y geográfico, en el caso colombiano, el índice cefálico (82.5) aplicando la antropometría del médico francés Paul Topinard –es decir, cercano a la suprabraquicefalia–, con una talla de 1.56 ms. (baja estatura) y disimetrías del cráneo, lo llevaron a concluir la presencia de signos degenerativos biofísicos sumados a la “degeneración psíquica”, caracterizada por “una reducida participación intelectual de Colombia en el progreso de las ideas del mundo” y su tendencia a imitar sin innovar, “un estado social patológico”, y además, la impaciencia, la emotividad y la inestabilidad mental, como síntomas. “A nivel individual (se manifiestan por) el aumento de la criminalidad, el suicidio y la locura” (Curiosamente y sin pretender aceptar la verdad de los asertos seudo científicos del Dr. Jiménez, recientes estudios hechos en Colombia –año 2006– conjuntamente con la universidad de Michigan, demuestran que el 40% de los colombianos sufren algún tipo de enfermedad mental, estrés y bipolaridad especialmente).



También afirma la “degeneración moral”, manifiesta en la presencia de “sectarios, fanáticos y políticos inmorales, prostitución infantil, toxicomanía y perversiones sexuales”.

Para rematar, se apoya en las teorías de Gustav Le Bon, para afirmar que “la sangre decadente de los aborígenes” y luego de los negros, absorbieron demasiado rápido la sangre hispánica y lusitana.

Por su parte el Dr. Luís López de Mesa citado por Aline Helg (1989) con gran reconocimiento entre los intelectuales y dirigentes nacionales, ex Ministro de Educación, sustentaba la tesis de que el indio “es la índole de los animales débiles recargada de malicia humana” y lo considera “un viejo prematuro, silencioso, melancólico, rutinario”, de religiosidad fanática, pero dotado de un espíritu de sacrificio para los suyos. El mestizo, adquiere, gracias al aporte del blanco “sutileza y don de análisis”, y puede llegar a buenas posiciones en la política, el sacerdocio y la jurisprudencia, sin embargo, no a las posiciones de la inteligencia superior” (pp. 46-47).

El negro en su concepto, es un “niño grande”. Voluptuoso, le gustan la música, el baile y la risa; sus raíces (sin pasado), se hacen en la religión adoptada en América y la mezclaron la magia y la superstición. Es vanidoso, pero también curioso, fiel y buen compañero. El mestizaje con el blanco lo dota de orgullo e imaginación, “pero de una inteligencia que no alcanza la altura de las grandes síntesis y de la invención”.

Por considerar para colmo, que la Conquista y la Colonia fueron una expropiación de las riquezas y un etnocidio, no se cultiva en nuestra educación una lectura integrativa de los ancestros hispanos, a los que más bien aprendemos a rechazar. Esto nos deja sin los fundamentos indígenas, negros e hispanos que integran genéticamente nuestra identidad de origen, nos lleva más bien a desconocerlos o a sentir vergüenza de tenerlos.

El historiador Jaime Jaramillo Uribe (1977) hace referencia a los intelectuales argentinos Sarmiento y Alberdi, que en el siglo XIX, hicieron la propuesta de “cambiar física y psicológicamente” (p. 22) al pueblo argentino, por lo que se decidió desconocer el ancestro indígena, ya casi desaparecido, y adoptar el tipo ideal del “hombre burgués europeo”. Por nuestra parte, fue Miguel Antonio Caro, quien decidió preservar la tradición

hispanica (al decir que nuestra independencia data de 1810 pero nuestra patria viene de siglos atrás), con la adopción del ideal tipo del “caballero cristiano”, así:

Al producirse la desintegración del imperio español en América y adquirir las nuevas naciones americanas su independencia política a comienzos del siglo XIX, se planteó a los hombres que tenían la responsabilidad de la dirección de las nuevas sociedades el siguiente problema: ¿sobre qué bases jurídicas, políticas y espirituales deberían organizarse los nuevos Estados? La pregunta no abarca simplemente la cuestión del nuevo orden político y de la organización exterior de los Estados, sino también el problema íntegro de la orientación de la vida espiritual; o en otros términos, la cuestión de cuál sería la forma ideal de vida que mejor respondería a las tareas que de ahí en adelante le depararía la historia al hombre americano. (p. 15)

Allí comenzó la antítesis entre “lo hispanico tradicional y lo pragmático moderno”, pero en América, se da con una síntesis en la que, en vez de surgir algo nuevo, se prolonga la contradicción que pervive sin resolverse, dando lugar a las paradojas que son tan frecuentes en nuestras naciones por la existencia simultánea de sectores modernizados y de sectores rezagados por la historia. Para Jaramillo Uribe (1977):

Los valores técnicos y económicos debían sustituir a los éticos, religiosos y espirituales. El clamor por una educación positiva basada en las ciencias naturales y en las modernas ciencias sociales, que casi sin excepción de países se repite a través de todo el siglo XIX en Hispanoamérica, es apenas la proyección pedagógica de ese cambio en las orientaciones de la vida espiritual (pp. 19-20).

La solución en Argentina fue propiciar la inmigración europea, especialmente de italianos y alemanes, que pronto conformarían una mayoría significativa, llevando consigo los factores de modernización y modernidad bastante extendidos por Europa.

En Colombia Miguel Antonio Caro, tal como lo anota también Jaramillo Uribe, convenció a sus contemporáneos de que “el Caballero Cristiano”, encarnación del alma española, poseía virtudes opuestas “al moderno espíritu capitalista”, más caracterizado el primero de los mencionados, por “el deseo de fama, generosidad en el gasto, subestimación del trabajo manual, ausencia de cálculo, desapego de los bienes mundanos y creencia arraigada en el valor (...) de la caridad”. Para Caro, “ni el progreso industrial, ni las ciencias, ni el liberalismo económico, ni la sociedad



individualista, ni el positivismo, como concepción filosófica fueron considerados valores absolutos (...) (ni) objetos de veneración y culto en sí mismos” (p. 23).

Por esa razón seguramente, sólo hasta la Ley 12 de 1926, se buscó favorecer la inmigración europea en Colombia. En el siglo XIX, en Antioquia, la explotación minera y la ingeniería civil y militar, así como la creación de la Escuela de Minas, atrajo a algunos extranjeros, de los cuales pocos se radicaron definitivamente. Los White, los Johnson, los Greiffestein, los Cock, los Bedout, De Greiff, ente otros. No nos olvidemos que Caro fue, junto con Rafael Nuñez, redactor de la Constitución Política de Colombia de 1886; una de las más trascendentales decisiones (sellada con el Concordato de 1887) fue entregar a la Iglesia Católica, la tutela de la educación colombiana:

Cultura religiosa y civilización material (lo indígena no parece tener significación alguna) eso es lo que establecieron los conquistadores, lo que constituye nuestra herencia nacional que pudo ser conmovida pero no destruida, por revoluciones políticas que no fueron una transformación social. España es, tal vez, la única nación de Occidente que ha practicado el renunciamento a los bienes mundanos como una forma de conducta y como un ideal de vida. De ahí la nota de anacronismo y de arcaísmo que se pone de manifiesto en el espíritu español y de ahí también que la pobreza, el ascetismo y el heroísmo estoico ante las adversidades de la vida, como medios de asegurar la libertad y la dignidad del hombre, sean temas constantes del pensamiento español. De ahí también los tres tipos humanos creados por España: el pícaro, el místico y el caballero cristiano (Jaramillo 1977, pp. 28-29).

¿Dónde estamos hoy los colombianos?

Para William Ospina (2001):

Hoy los colombianos somos víctimas de los tres grandes males que echaron a perder a Macondo; la fiebre del insomnio, el huracán de las guerras, la hojarasca de la compañía bananera. Vale decir: la peste del olvido, la locura de la venganza, la ignorancia de nosotros mismos que nos hizo incapaces de resistir a la dependencia, a la depredación y al saqueo (...) (Colombia) parece haber perdido toda confianza en sí misma, hasta el punto de no creer que haya aquí ninguna singularidad, ninguna fortaleza original para dialogar con el mundo.

(...) Aquí cada una de las *dramatis personae* se ha apropiado plenamente de su papel como dueño de un pedazo de Colombia, de su territorio, sus

recursos, su identidad cultural, su discurso, su clientela, su partido: unos son los dueños de la guerra y otros del proceso de paz, unos poseen los puestos, los otros la fuerza de trabajo, unos buscan apoderarse de la constitución, otros de la opinión pública, otros de la soberanía popular; los dueños de la economía aspiran a entenderse con los dueños del territorio nacional (p. 4).

Para Luis Jorge Garay, según lo trae Guillermo Hoyos (2000), “el conflicto societal que afronta Colombia es fundamentalmente el de la construcción de la sociedad y no meramente el de la negociación de conflictos parciales (...) (Prólogo, p. II). Con Garay, anota Hoyos, (...) la crisis colombiana se descompone en estos factores medulares: la subordinación de lo público a intereses privados, la deslegitimación del Estado, la pérdida de la convivencia ciudadana, el conflicto armado, la ilegalidad en diversos ámbitos y el narcotráfico (p. II).

Además, la violación de los derechos humanos, la corrupción pública-privada, la precaria representatividad de los partidos políticos, la depredación del medio ambiente y la trasgresión de la frontera agrícola y la actividad de organizaciones alzadas en armas consideradas como terroristas internacionales hacen que Colombia se caracterice por ser el país americano con mayores problemas.

Las paradojas del país son evidentes y es por ello que no resultan extrañas las contradicciones en las que nos vemos sumidos, que hacen que unos vean el país con gran optimismo, y otros en cambio con gran fatalismo y pesimismo. Obvio, ponerse en cualquiera de las posiciones, redundaría en una visión parcial del país y siempre se estarían desconociendo realidades insoslayables, por temor, por indolencia, o por propósitos de algún tipo, más comúnmente de tipo político.

De ahí, que a través del curso de Problemas Colombianos procuremos convocar la mirada crítica sobre nosotros mismos en un ejercicio de autoconocimiento. No vemos un país unidimensional donde el énfasis sea sólo político o sólo económico. Procuramos una visión multidimensional en la que tejemos la realidad compleja, pero al mismo tiempo sin perder de vista la integralidad de sus estructuras.

En procura también de que los temas no se queden sólo en la contemplación auto conmisericordiosa, o vanidosa y soberbia, se propone



una perspectiva de análisis que haga posible el aprendizaje de la historia para direccionar el futuro. Sabiendo quienes somos sabremos dónde estamos y por lo tanto hacia dónde debemos ir (al decir de José Matos Mar, intelectual chileno).

¿Quiénes y cómo debemos ser los colombianos?

En opinión de Diego Fernando Gómez, *El Colombiano* (marzo de 2004), las sociedades se construyen es en torno a la concepción que se tenga de lo que debe ser y hacer el individuo. Lo complejo es que se encuentra implícito y sólo se hace evidente en los hechos y las creencias de las culturas.

Y se pregunta: ¿Cuál es el hombre buscado que se encuentra en nuestro imaginario colectivo? ¿No será precisamente que en ello está una de nuestras incoherencias colectivas más críticas? De hecho es trabajo de padres y maestros... formar ese nuevo hombre del mañana. Luego apunta el articulista:

En los idearios de los colegios encontramos que se espera formar personas integrales, autónomas, interdependientes, con compromiso social, responsables, con alto sentido ético, entre otros. Este ser hecho realidad se convertirá en un individuo capaz de aportar a la sociedad mucho más de lo que recibe. Será autónomo, tendrá una buena actividad económica y social y él mismo se proveerá de vivienda, salud, educación, ahorrará para su pensión. Será justo, correcto, sociable y comprometido con la comunidad (p. 4a).

Pero el Estado no parece estar sintonizado con “educar de esa forma”, y por su asistencialismo populista, convierte al individuo en “un absoluto inútil”. Se trata de un Estado de interdictos... deseducador y deformador de la sociedad. Hannah Arendt sostenía que un Estado bienestarista y asistencialista terminaba generando incapacidades sociales al no permitir que los individuos se hicieran conscientes de sus deberes con la sociedad. De nuevo nos colocamos ante la difícil cuestión: ¿De qué manera nos formamos como seres históricos?, ¿cuál es nuestra personalidad histórica? Y si debemos cambiar ¿cómo hacerlo?

¿Hacia dónde vamos los colombianos? ¿Hacia dónde debemos ir?

Hacia una sociedad en paz (que más que eliminar sus conflictos los aprenda a tratar), tolerante, plural, legítima, gobernable, equitativa y justa. Para lograrlo se necesitan principios rectores éticos, justicia distributiva, derechos y deberes, y una acción de relación mutua entre Estado y ciudadanía. Llegar a tener, como lo resalta Habermas, un ciudadano deliberante, crítico y participativo.

Este es un país, afirma W. Ospina “Colombia en el Planeta” (junio de 2001), peligroso pero valeroso: “La gran mayoría de la sociedad está compuesta por seres valientes que salen cada mañana desarmados a las calles a luchar por la vida, a trabajar, a crear” (p. 9). Y afirma al inicio del mismo texto:

Colombia necesita convertir hoy las agitadas circunstancias de su historia reciente en intensos relatos y en cantos conmovidos, para que no se olviden los dolores y los heroísmos de esta época tremenda, y para que el relato mismo sea a la vez bálsamo y espejo, que nos permita dejar de ser víctimas y empezar a ser los transformadores de nuestra realidad (p. 3).

Y contundentemente propone Ospina en el mismo texto:

La urgente tarea de refundación de Colombia es antes que todo una tarea cultural: debemos emprender una gran expedición por el olvido, debemos pronunciar un conjuro contra la venganza desde las encrucijadas de nuestro territorio en peligro, debemos vivir una original aventura estética, mirando la naturaleza equinoccial, las ciudades nacidas del choque de la modernidad con la tradición, y explorando las riquezas del mestizaje, para encontrar los rostros y los lenguajes que definen nuestro lugar en el planeta (pp. 5-6).

En el empeño de superar las condiciones actuales del país y para no quedarnos en las lamentaciones y por lo tanto ser propositivos, el curso desafía a los estudiantes a indagar la situación de los problemas colombianos actuales e imaginar soluciones y alternativas.

Por supuesto son variadas las ideas, algunas valiosas, pero a modo de ejemplo, podemos tomar nota de las propuestas de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI presidida por Jacques Delors y patrocinada por la Unesco, cuya versión en lengua castellana se



titula: “La Educación: el Tesoro Interior”; podrían ser tenidas en cuenta para el caso colombiano hoy, cuando se propone realizar cambios sustanciales en nuestro sistema educativo.

Según esta Comisión citada por Ricardo Díez Hocleitner (1997, pp. 10-11):

- El mayor desafío se presenta en el corazón y en la mente de los hombres ante muchos cambios de rumbo.
- La responsabilidad común frente a las futuras generaciones consiste en la renovación interior del ser humano y se opone a la voluntad impuesta de unos pocos.
- Estamos convencidos de que la educación de jóvenes y mayores en proceso continuo a largo de la vida, así como el constante acceso a mayor conocimiento, son ingredientes esenciales para potenciar un mayor sentido de responsabilidad.
- Asumir nuevos conceptos de desarrollo y progresos –a la vez éticos, eficaces y viables– y un gran esfuerzo político, empresarial y cultural hasta lograr introducir en cada sociedad modelos de desarrollo económico y social sostenibles, adaptados a cada situación concreta.
- El sistema educativo y de aprendizaje (que contribuya eficazmente a la convivencia democrática, a la tolerancia y a un espíritu de solidaridad y cooperación) que se elija en cada país, debe depender esencialmente de la sociedad que los conciudadanos deseen para ellos mismos y, sobre todo, para sus descendientes.
- Las gentes, y sobre todo los jóvenes, quieren ser dueños de su propio destino. Necesitamos estar informados, disponer de conocimientos básicos interdisciplinarios (...) espoleados por el saber y la cultura universal.
- El hombre moderno sabe que necesita criterios para poder recitar coherentemente los valores que proclama.
- En estos tiempos rápidos de inexorables cambios, en vez del empeño de continuar implantando sucesivas reformas generales, se requiere una capacidad de respuesta cada vez más flexible y concreta, apoyada en evaluaciones objetivas, a modo de cambios periódicos

institucionalizados que aseguren una mayor capacidad de gestión para llevar a buen término las innovaciones pertinentes.

Son ya muchos e importantes los ejercicios de prospectiva que tratan de visualizar los escenarios posibles para Colombia a diez o quince años, con los sesgos que hemos acusado frecuentemente, de ser, o muy optimistas o muy pesimistas, o guiados más por pálpitos que por realidades racionalizadas, dado nuestro carácter reactivo más que planificador, lo que nos dificulta el diseño y la adopción de estrategias con “antena tierra”; sin embargo, parecen surgir en los últimos tiempos hombres y colectivos dispuestos a mirar adentro de nosotros mismos para ayudarnos a superar nuestros errores recurrentes y a definir lo que queremos, lo que necesitamos y cómo conseguirlo.

De hecho, Hernando Gómez Buendía (1999), quien dirigió la investigación “*Colombia callejón con salida*” y otros trabajos de interés relacionados con el tema que nos incumbe, como también el libro *¿Para dónde va Colombia?*, auspiciado por Conciencias, con la participación de varios especialistas, plantea la sugestiva tesis de que lo que está debajo de nuestra realidad nacional “ambivalente y alucinada”, es el almendrón. Según Gómez Buendía (1999) la tesis hace referencia a que en Colombia “las racionalidades individuales”, ahogan “la racionalidad colectiva”. Esto nos ayuda a entender por qué es posible que en nuestro medio convivan una notable creatividad individual junto a una indisciplina social no menos notable (y en ese sentido recuerda la afirmación del profesor Takeushi acerca del por qué, Japón aventajó tanto a Colombia en los últimos 50 años: “Un colombiano es mucho más inteligente que un japonés, pero dos japoneses son mucho más inteligentes que dos colombianos”).

Para Juan José Perfetti del Corral (2006):

La tesis del almendrón sugiere que “un rasgo crucial del modo de organización social es la mayor o menor eficacia que tengan las instituciones para producir bienes públicos. Y el rasgo crucial del modo de desarrollo de la sociedad colombiana es su baja eficacia para producir bienes públicos (...).

Lo deseable en Colombia es pues “un mayor grado de racionalidad pública”. Esto en la práctica se convierte en “un modo de organización y decisión social que, a la luz del mejor saber disponible, garantiza el logro lo más eficiente de bienes como la seguridad, la justicia, la infraestructura, los servicios sociales o la preservación del medio ambiente” (p. 4a).



Entre el clamor del presidente Uribe en su discurso de posesión (para su segundo período) por el “equilibrio” en la justicia, en el ejercicio de la autonomía, entre los poderes, en el antagonismo, en las libertades, en la coacción oficial, entre la seguridad y la paz, etc., y la “pasión” o la cualidad que Dave Lightle, famoso ejecutivo de la firma Visual Marketing Associates de Dayton Ohio, encuentra como lo más “mercadeable” de Colombia, está la clave de su destino futuro inmediato.

En concepto de Carlos Fernando Villa G. (agosto de 2006):

Los colombianos demuestran una marca única de pasión; en lugar de apasionarse por algo en particular son apasionados por todo: religión, deportes, familia, educación, negocios, creatividad, artes, música, literatura, diversión y mucho más (...) algo que se percibe positivamente en el mundo (de la marca “Colombia es Pasión”) (p. 4b).

Y en fin, “La Franja Amarilla” de William Ospina, “Destino Colombia” realizado por 43 colombianos de diversas formaciones, “Colombia al Filo de la Oportunidad”, conocida también como “La Misión de Sabios”, son otros importantes trabajos que se encargan de “evaluar el futuro” y dar pistas. La visionaria perspectiva de esas propuestas u otras por el estilo, son las que se recogen en un curso como el de “Problemas Colombianos”, o simplemente se hacen ejercicios de imaginación e inteligencia semejantes, ya que los estudiantes son una selecta parte de los ciudadanos, de cuya calificación, sensatez, honestidad, responsabilidad y genialidad, depende el futuro del país en gran medida. Ello porque “La Universidad debe servir al país en el esfuerzo común por construir una sociedad nueva, libre, responsable, consciente del propio patrimonio cultural, justa, fraterna, participativa, donde el hombre, integralmente considerado, sea siempre la medida del progreso” (Juan Pablo II, 1986).



Referencias bibliográficas

- Botero, Rodrigo. (2003, enero 23). *La identidad nacional*. El Colombiano, p. 4A.
- Díez, Ricardo (1997, febrero 2). *Aprender ante el siglo XXI: Desafío y Esperanza*. Dominical, El Colombiano.

- Editorial. (2004, viernes 13). *La delincuencia encorbatada*. El Colombiano, 5a.
- Garavito, Edgar. (1986, mayo - agosto). *De la "Parrhesia" o el Decir - Verdad*. Revista Texto y Contexto (8), pp. 89 - 98.
- Giraldo, Alberto. (2005). *La Universidad Servidora de la Vida*. Medellín: Editorial Universidad Pontificia Bolivariana.
- Gómez, Hernando. (2007, abril 15). *Regiones envainadas*. El Colombiano, 4a.
- Gómez, Diego F. (2004, marzo 8). *Un hombre posible en un Estado de interdictos*. El Colombiano.
- Gómez, Gloria y Montoya, Catalina. (2003, marzo 23). *Ese que ignoro y me amenaza*. El Colombiano, 8b.
- Garay, Luis J. (2002). *Ciudadanía - Lo Público - Democracia* (3ra Ed.). Textos y Notas. Santafé de Bogotá: Impresión Litocencia. Prólogo de Guillermo Hoyos, quien cita el primer texto, de Garay, L.J. Reflexiones en torno a la crisis colombiana.
- Helg, Aline. "Los intelectuales frente a la cuestión racial en el decenio de 1920: Colombia entre México y Argentina". *Revista Estudios Sociales* (4) Medellín, Fundación Antioqueña para los estudios sociales - FAES. Marzo, 1989.
- Jaramillo, Jaime (1977). *La Personalidad Histórica de Colombia y otros Ensayos*. Bogotá: Editorial Andes.
- Jaramillo, Rubén. (2000, enero 16) *¿Crisis de valores? ¿O minoría de edad?* Lecturas Dominicales, El Tiempo.
- Juan Pablo II. (1999). *Constitución Apostólica del Sumo Pontífice sobre las Universidades Católicas*. Documento. Escolio 32.
- Juan Pablo II. (1986). *Saludo de S.S. a la Universidad Pontificia Bolivariana*, Medellín, 5 de julio.



Ospina, William. (2001). *Colombia en el Planeta*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia.

Ospina, William (1996). *Colombia: El Proyecto Nacional y la Franja Amarilla*. Revista La Hoja de Medellín, Cartilla No. 4.

Perfetti, Juan J. (2006, agosto 4). *¿Para dónde va Colombia?* El Colombiano

Reina, Mauricio. (2005, Junio 30). *¿Un país viable?* El Colombiano. 5a.

Restrepo, Javier D. (2007, marzo 15) *¿Por qué oponerse a la oposición?* El Colombiano, 5a.

Santamaría, Ricardo. (2004, marzo 14) "Siempre estamos buscando Mesías". *Entrevista a Emilio Yunis Turbay, genetista*. Lecturas Dominicales. El Tiempo, 1-2.

Savater, Fernando. (1997). *Hacia una humanidad sin humanidades*. En: *El Valor de Educar*. Barcelona: Ariel.

Vargas, Mario. (2006, julio 23). *Israel y los matices*. El Colombiano, Revista Generación, 6-7.

Villa, Carlos F. (2006, agosto 17). *La pasión es lo más mercadeable del país*. El Colombiano, 4b.

Yarce, Elizabeth. (2004, marzo 11). *ONU: gobierno e ilegales no acataron recomendaciones*. El Colombiano, 3a.

Yunis, Emilio (2003) *¿Por qué somos así?* Bogotá: Temis.

Zuleta, Estanislao (1987). En: Gonzalo Sánchez. (1995). *Colombia: Violencia y Democracia* (4ta Ed.). Bogotá: Editorial UNAL.